

Algunos episodios de la Emancipación e Independencia en la narrativa peruana

Eduardo Huárag Álvarez

Pontificia Universidad Católica del Perú

1. Introducción

1.1. Sobre los vasos comunicantes entre la literatura y la historia

En el presente ensayo nos proponemos explorar de qué modo un acontecimiento histórico tan relevante como la declaración de la Independencia se reflejó en la narrativa literaria de la República. Por cierto, se trata de establecer de qué modo los escritores recrearon esos años de incertidumbre, de ruptura con el orden establecido y cómo es que asumen el futuro que le espera a la naciente república.

En tiempos recientes, escritores como Vargas Llosa, García Márquez, Javier Cercas, no han dejado de abordar episodios o personajes históricos. Recuérdese: *El paraíso en la otra esquina* (basado en la vida de Flora Tristán y Paul Gauguin) y *La guerra del fin del mundo* (en la época de la guerra de Canudos, basada en la crónica escrita por Euclides D'Acunha). Y si buscamos una novela con un libertador como personaje, encontraremos la novela *El general en su laberinto*, de García Márquez. En esta línea, no deja de ser importante la novela de Javier Cercas acerca de un dilema humano en los tiempos de la guerra civil española: *Soldados de Salamina*.

En esa especie de vaso comunicante entre la literatura y la historia, es bueno saber que la novela puede recrear un incidente o personaje histórico, pero no se sujeta a la verdad objetiva de los hechos. A la literatura le interesa la construcción de un *mundo imaginario*, autónomo, un escenario en el que sus personajes cobra vida y revelan sus grandezas y miserias, sus ilusiones y fracasos.

1.2. La literatura en los años de la Independencia

Comentar la narrativa de la Independencia en el Perú nos lleva a una necesaria revisión de la literatura de los últimos años de la Colonia y los primeros años de la República. Riva Agüero, refiriéndose a ese periodo, dice:

«Cuanto en el Perú se ha pensado y se ha escrito, es reflejo de lo que en otras partes se escribía y se pensaba. Mas no por eso deja de tener valor efectivo la influencia del carácter nacional...» (Riva Agüero, 2008, p. 13). José Carlos Mariátegui, crítico y analista, es más contundente en su afirmación: «Nuestra literatura no cesa de ser española en la fecha de la fundación de la República. Sigue siéndolo por muchos años, ya en uno, ya en otro trasnochado eco del clasicismo o del romanticismo de la metrópoli» (Mariátegui, 2012, p. 239). Décadas después, Antonio Cornejo Polar afirmará que en la literatura de los primeros años de la Independencia: «(...) no se detecta, en ningún caso, un gesto de independencia que separe a la creación peruana, en cuanto sistema de valores y prácticas textuales, de la literatura española, coetánea o inmediatamente anterior» (Cornejo Polar, 2000, p. 15).

En suma, podemos afirmar que la Independencia, a pesar de ser un hecho histórico importante, no significó ni determinó un cambio en el desarrollo de las tendencias literarias, ni en los paradigmas literarios que hasta entonces se venían cultivando bajo el influjo español. La literatura, luego de la Independencia, siguió los cánones establecidos por la literatura española, siguió con los modelos y tendencias de la metrópoli cultural. En ese periodo, seguíamos con el neoclasicismo, en su fase epilodal; con un costumbrismo, con matices o pinceladas de la cultura criolla; y los primeros manifiestos de la tendencia romántica.

Es inevitable la pregunta, ¿por qué en la década de la Independencia, producida la batalla de Ayacucho y el fin del colonialismo, no se escribe una novela que refleje ese instante histórico importante? Hay varios motivos: a) en primer lugar, la novela arraiga con el Realismo y el Romanticismo, pero eso se produce recién a mediados del siglo XIX y no en la década de los años 20 del siglo XIX; b) la población en Lima estaba dividida entre los fidelistas que pugnaban porque se mantengan los vínculos políticos y administrativos con España; y los independentistas que aspiraban a la formación de una república soberana. De modo que hubo un sector conservador para quienes no veían con fervor la independencia. Los intelectuales estaban del lado de la independencia, pero ello era una convicción ideológica, más no se orientó a un manifiesto artístico o literario. Los intelectuales van a esperar las festividades del centenario para escribir sobre la Independencia.

El Romanticismo (1820-1840) y el Realismo (1840-1860) fueron las tendencias predominantes en la Europa del siglo XIX. En el Perú, los movimientos se manifiestan con retraso notorio. En las décadas del treinta y cuarenta, del siglo XIX, aún quedaban rezagos del costumbrismo, cuyos relatos y obras de teatro no ofrecieron sino algunos brillos del ingenio criollo. La nuestra sería una literatura en proceso y muy proclive a la imitación de modelos extranjeros.

Herederero de ese costumbrismo, pero más identificado con el Romanticismo (en su vertiente allegada a la novela histórica) aparece Ricardo Palma, un escritor que llegó a alcanzar un estilo propio. Palma se propuso relatar episodios y caracterizar a algunos personajes relevantes de los tiempos de la Colonia y de las primeras décadas de la Independencia. El suyo fue –si se me permite la frase– un discurso histórico con tratamiento literario.

Palma se esforzó por presentar al lector ese otro lado ameno que la historia formal e institucional suele ignorar. Buena parte de sus relatos rescata la historia o referencia oral, aquello que la colectividad seguía manteniendo en su imaginario. Su lúcida visión histórica no ignora que la Independencia tuvo un proceso anterior y por eso no duda en escribir algunas tradiciones sobre las rebeliones nativistas.

El episodio de la Independencia vuelve a ser abordado a inicios del XX. Entre las obras más destacadas encontramos a Teresa González de Fanning, quien publicó *Roque Moreno* (1904); Amalia Puga, con su novela *El voto* (1923); y Angélica Palma que en 1926 dio a conocer su novela *Tiempos de la patria vieja*.

En este estudio analizaremos las novelas que abordan el tema de la Independencia. Trataremos de dar respuesta a las siguientes preguntas: ¿A qué tendencia pertenecen las novelas que abordan el tema de la Independencia?, ¿de qué modo, tales novelas, reflejan las inquietudes y tendencias ideológicas contrapuestas sobre la Independencia?, ¿de qué manera ciertos planteamientos o ejes paradigmáticos relacionados con la religiosidad o la moral repercuten en las expectativas de los personajes protagónicos?, ¿puede decirse que las novelas de la Independencia, desde la perspectiva artística, revelan ciertas limitaciones que impiden su internacionalización?, ¿se puede decir que en la creación ficcional y la construcción de los personajes hizo falta una mayor profundización en los dilemas de los personajes?

2. Análisis de los relatos o novelas sobre la Independencia

2.1. Personajes e incidentes en algunas *Tradiciones* de Ricardo Palma

La historia nos hace saber que la Independencia del Perú se produce por la concurrencia de la corriente libertadora del sur, al mando del general San Martín, y de la del norte, al mando del general Simón Bolívar. La presencia de ambos ejércitos, uno después del otro, definió el fin del colonialismo español. Más que los ejércitos, serán los personajes los que estarán presentes en la narrativa de Palma. Las tradiciones peruanas referidas a la Independencia se articulan a partir de la configuración de los libertadores como personajes. De alguna manera, los relatos contribuyen a la mitificación de los personajes que alcanzan la categoría de héroes, aunque no ajenos a los avatares de realidad mundana.

Uno de los primeros relatos que nos interesa comentar es el que se titula «Pan, queso y raspadura». En ese relato se rememora la batalla de Ayacucho y más que una minuciosa descripción, el narrador destaca las frases célebres de los jefes que comandaban los regimientos. Según el narrador, se hizo posible lo que parecía imposible. A pesar de la inferioridad numérica, el ejército libertador estuvo convencido de que la historia estaba del lado de ellos. Palma trasmite la atmósfera del campo de batalla. Pero, además, asistimos a los entretelones, a los episodios anecdóticos que se suscitan entre la oficialidad. En la tradición mencionada, se consigna:

-Mi general, ¿quiere usía dictarme el santo y seña que se ha de comunicar al ejército?

-¡Pan, queso y raspadura! -repitió el gallardo inglés, aceptando el agasajo- ¡*Very well!* ¡Muchas gracias!

Sucre se volvió hacia Miller, y le dijo sonriendo:

-*Nothing!* ¡Nada! ¡Nada! Pan, queso y raspadura.

-Coronel O'Connor, ahí tiene usted el santo y seña y contraseña, precursores del triunfo.

Y sacando Sucre del bolsillo un librito de memorias, arrancó una página y escribió sobre ella con lápiz:

PAN, QUESO Y RASPADURA

Tal fue el santo, seña y contraseña del ejército patriota al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho (Palma, 1968, p. 995).

El interés del narrador también se detiene en hechos significativos que se produjeron en los momentos previos a la batalla: «Treinta y siete peruanos, entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron la línea neutral, donde, igualmente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles» (Palma, 1968, p. 996).

Palma reconoce que se trataba de una gesta épica. No puede dejar de elogiar la braveza de los soldados. Una gesta épica, sin duda. Palma mitifica porque los soldados iban al sacrificio por un ideal: «¡Qué hombres, Cristo mío! ¡Qué hombres! Setenta minutos de batalla, casi toda, cuerpo a cuerpo, empleando los patriotas el sable y la bayoneta más que el fusil» (Palma, 1968, p. 998).

Y no podía faltar el detalle ameno. Miller fue a visitar a Sucre y se suscitó este diálogo:

-Mi general dispense usía si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sorbo de aguardiente, pan, queso y raspadura.

-Hombre, guárdate la raspadura y tráeme lo demás, que para raspadura basta con la que hemos dado a los godos (Palma, 1968, p. 999).

Palma es un investigador que se interesa por conocer y familiarizarse por lo que se difunde en el imaginario popular. Esto es coherente con la

tendencia romántica. Los románticos, a diferencia de los neoclásicos, se interesaron por la historia popular, no la historia oficial e institucional, no la historia académica. Es en ese contexto que escribe sus tradiciones, por eso su interés por los acontecimientos de rebeldes nativos. Naturalmente, José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru, será la figura que no puede ignorar. Es el héroe nativo de gran trascendencia y su gesta épica tuvo una indudable repercusión. Tan es así que, en diversos lugares del virreinato, la población nativa lo tendrá presente en sus actos de reacción o protesta.

Y es que Túpac Amaru no fue un simple nativo rebelde contra la injusticia que impusieron los españoles. Para muchos, y siguiendo los planteamientos de la mentalidad mítica de los pueblos ancestrales, era el líder que esperaban los nativos, era el personaje esperado, el que los liberaría, el que haría posible el *pachacuti*. Casi sin saberlo, Túpac Amaru respondía al perfil del héroe mesiánico.

Aunque el apoyo era masivo, enfrentar a las fuerzas realistas demandaba una formación militar y armas. El ejército de Túpac Amaru era precario, se trataba de una reacción espontánea. Como para que no se crea que el personaje ha salido de una ficcionalización, se recurre a los anclajes que puede encontrar en las crónicas o referencias históricas. Pero el narrador debe construir un personaje –en este caso Antonio Arriaga, el corregidor de Tinta– y eso es lo más importante. Veamos cómo lo presenta:

(...) hidalgo español muy engréido con lo rancio de su nobleza y que despoztizaba, por plebeyos, a europeos y criollos. Grosero en sus palabras, brusco de modales, cruel para con los indios de la mita y avaro (...) Y para colmo de desprestigio, el provisor y canónigos del Cuzco lo habían excomulgado solemnemente por ciertos avances contra la autoridad eclesiástica (Palma, 1968, p. 685).

En «El corregidor de Tinta» también se hace alusión a la captura del corregidor Arriaga. Al parecer, la población nativa ya había tomado la decisión de ajusticiar al corregidor. Y eso fue lo que hicieron. Y Palma, siempre pendiente de los hechos anecdóticos, cuenta que la cuerda con la que estaban ahorcando al corregidor reventó, lo que aprovechó el sentenciado para correr a la iglesia en busca de auxilio y protección. Iba ya a entrar a la iglesia cuando fue detenido por el mismo Túpac Amaru: «¡No vale la iglesia a tan grande pícaro como vos! ¡No vale la iglesia a un excomulgado por la Iglesia!» (Palma, 1968, p. 686).

El movimiento de Túpac Amaru, sin duda, tuvo una repercusión en todo el virreinato del Perú. Palma refiere cómo los nativos trataron de que los aires de la rebelión se generalizaran:

Por una parte, los salvajes de Chanchamayo acababan de incendiar y saquear varias poblaciones civilizadas; y por otra, el recargo de impuestos y los procedimientos tiránicos del visitador Areche habían producido serios distur-

bios, en los que muchos corregidores y alcabaleros fueron sacrificados a la cólera popular (Palma, 1968, p. 686).

La rebelión mencionada, por cierto, no tuvo resultado feliz. Se consignará el martirio y la manera cómo fue ejecutada toda la familia de Túpac Amaru. Muerte horrenda para todos. Algo que no se había visto nunca. Se pasó de la civilización a la barbarie. Y estábamos a fines del siglo XVIII. Lo que no entendían los gobernantes españoles es que aquello no iba a atemorizar a los nativos. La rebeldía seguiría. Ellos no estaban en condiciones de soportar la injusticia y la opresión. Lo importante es que Túpac Amaru sembró la rebeldía y tendría sus seguidores:

(...) la chispa no se extinguió hasta julio de 1783, en que tuvo lugar en Lima la ejecución de don Felipe Túpac, hermano del infortunado Inca, caudillo de los naturales de Huarochirí. «Así –dice el *dean* Fumes– terminó una revolución, y difícilmente presentará la historia otra ni más justificada ni menos feliz» (Palma, 1968, p. 687).

En esta misma línea de proyección de la resistencia indígena liderada por Túpac Amaru, hay que destacar el uso de los pasquines, esos medios de comunicación que a manera de carteles se pegaban en las puertas de los lugares públicos. Es esto lo que se refiere en «Los pasquines de Yauli». En uno de ellos se revela:

Sean todos los agraviados de las alcabalas y de los nuevos impuestos cómo el señor Emperador Túpac-Amaru nos tiene notificados a todos sus amigos de esta provincia de Guarochiri cómo tenemos ya armas en las pascanas de Chicoxira, a cuatro leguas del pueblo de Yauyos, y en este cartel lo participo a los amigos de nuestro bando, para que ocurran al pueblo de Yauyos, donde se les habilitará de armas, pues ya no falta nada para el día citado en los dos vocablos de la seña. Valor, amigos, y ... ¿quién sabe? (Palma, 1968, pp. 696-697).

En tal incidente, aunque los hechos terminaron por acusar a un tal Pepito Alarcón, es verdad también que el malestar estaba ligado a una resistencia de los nativos:

Pero la Providencia hizo que le corregidor de Jauja apresara a tres indios sospechosos, los cuales declararon ser ellos los autores del pasquín atribuido a la *Coquerita* y del de la nochebuena de Navidad, y que en realidad eran cabezillas de un motín de indios, que por causa que expusieron menudamente no pudo estallar (Palma, 1968, p. 698).

Palma no ofrece solo una imagen de los libertadores. También pone los ojos en los gobernantes políticos de ese entonces. No escapa a la narrativa de Palma la imagen del virrey Abascal. Se ha hablado mucho del férreo control que ejercía en Lima y su afán de evitar que el Perú sea independiente. Tenía tal organización que se mantenía bien informado de reuniones y conspiracio-

nes. No se amilanaba ante los manifiestos de rechazo a la dominación española:

La grita popular, que amenazaba tomar las serias proporciones de un motín, tampoco le inspiraba temores, porque su excelencia contaba con dos mil quinientos soldados para su resguardo, y con cuerdas nuevas de cáñamo para colgar racimos humanos en una horca (Palma, 1968, p. 852).

A Abascal le tocó sofocar rebeliones libertarias. Alguna vez le dejaron tres saquitos de ciertos contenidos como sal y habas. El virrey castigó a los empleados por el descuido. Pero cuando volvieron a dejárselo, su ingenio descubrió que detrás de ellos había una especie de acertijo. Pocos días después tomó una decisión:

Entonces no alborotó el cotarro, sino que muy tranquilamente anunció a la Real Audiencia que no sentándole bien los aires de Lima y necesitando su salud de los cuidados de su hija única, la hermosa Ramona Abascal, (...) se dignase apoyar la renuncia que iba a dirigir a la corte (Palma, 1968, p. 852).

¿Y qué tenían que ver los saquitos con la decisión adoptada? ¿Cuál era el acertijo que dedujo Abascal?

El contenido de los saquitos que tan gran resultado produjeron era: SAL-HABAS-CAL.

Sin consultar brujas descifró su excelencia esta charada en acción *Sopla vivo te lo doy, y si muerto me lo das, tú me lo pagarás* He aquí por qué tomó el tole para España el excelentísimo señor don José Fernando de Abascal, y por qué es llamado el *virrey del Acertijo* (Palma, 1968, p. 853).

Uno de los aportes de Palma es el arte de contar. Es decir, no se trataba solo de consignar un episodio histórico o el hecho anecdótico sobre un personaje de la Independencia o un acontecimiento importante de la época del virreinato. Lo importante no es solo lo que se cuenta sino cómo se cuenta. Palma destaca porque configura sus personajes, dosifica los hechos acontecidos para mantener el interés del lector, y porque, finalmente, resuelve el conflicto con un desenlace inesperado. En el escenario concreto no se podía ignorar el pasado hispanizante del que se derivó el perfil criollo; pero tampoco se debía ser indiferente a esa república que vivió sus primeras décadas a espaldas de la población nativa, de la realidad andina. Esa actitud, a la larga, solo sembraría mucho rencor y ansias de rebelión contra el sistema establecido.

Pero volvamos al modernismo de fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Es una época en la que destacan escritoras que abordan el tema de la independencia, con evocaciones románticas que proponen las obras de las escritoras que publican relatos o novelas con el contexto de la Independencia y los inicios de la República. A las escritoras peruanas les cuesta desprenderse

del discurso recargado del modernismo, que poco ayuda en la lectura de la novela. Y en lugar de abrir el hecho episódico de la independencia a la mirada universal, se esfuerzan por describir hechos muy propios del escenario regional. Está presente también el afán de llevar a la ficción acontecimientos románticos con el escenario de los años de la Independencia.

2.2.1. **Roque Moreno y las ambiciones personales en un momento de tránsito hacia la República**

La novela *Roque Moreno* se publicó en 1904, en Lima. Aparece con el encabezado «Folletín de *El Lucero*», lo que no debe llamar la atención, porque buena parte de los relatos se difundían de ese modo. Incluso, algunas publicaciones agregaban el subtítulo de *novela* dado que podría confundirse con las crónicas de costumbres.

La novela tiene como uno de sus personajes protagónicos a don Justo de la Vega. Es importante saber la razón por la que este personaje vino desde España al Perú. Se dice que:

(...) próximo a casarse el señor de la Vega Hermosa con una noble sevillana, de peregrina hermosura, con toda la sal y la gracia de la tierra de María Santísima, muriósele casi repentinamente la novia; por lo que, cual otro Duque de Gandía, desengañado de las humanas grandezas, habíase venido á América á vivir en la soledad y con el propósito de emplear su inmenso caudal en cierta fundación... (González de Fanning, 1904, pp. 6-7).

Al caracterizar la sociedad en esos años previos a la Independencia, se reconoce que en Lima se concentraba la nobleza española. Y ellos asumían cargos y rangos que iban con sus afanes de distinción. La escritora percibe las dubitaciones y confrontación que tenía la ciudadanía en esos años en el que buena parte de la población esperaba el fin del colonialismo y que de una vez se declarara la independencia. Al respecto, dice:

Cierto es que muchos nobles hicieron causa común con los patriotas; pero el mayor número, aferrado a sus viejos pergaminos, se sublevaba ante la idea de perder las preminencias heredadas de sus mayores y de ponerse al mismo nivel y tratarse al tú por tú con aquellos á quienes estaban habituados á mirar como sus inferiores. Para ellos, San Martín y sus parciales solo eran una turba de advenedizos aventureros, que cual plaga de langostas había caído sobre el Perú para chupar sus jugos (González de Fanning, 1904, p. 8).

El gran protagonista de la novela es Roque Moreno. La caracterización que hace la narradora es la de una persona que, si bien aparece en la fila de los patriotas, no es menos cierto que se muestra como oportunista. La narradora los califica: «(...) parásitos patriotas que medraban a la sombra del gran árbol de la Libertad, cosechando sin escrúpulo sus más ricos frutos» (González de Fanning, 1904, p. 8).

Para caracterizar a Roque Moreno, no encuentra mejor forma que señalar sus rasgos raciales, las probables raíces genéticas que condicionaban su personalidad y sus ambiciones. Por eso advierte «(...) sujeto de sangre híbrida (...) unía al inteligente desparpajo del mulato la solapada reserva del indio y la sanguinaria ferocidad del africano, descollando especialmente entre sus rasgos característicos una desenfrenada avidez de dinero» (González de Fanning, 1904, p. 8).

Sin embargo, no se piense que Roque Moreno era un personaje sin bienes, ni un oportunista sin predios. Según refiere la narradora:

Apenas si había salido Roque de la adolescencia, cuando heredó de sus padres un gran hacendón, con extensos potreros bien cercados y sembrados principalmente de alfalfa, donde pastaban numerosos rebaños caballar y vacuno. (...) La casa, empinada sobre una alta huaca, dominaba como dueña absoluta las novecientas fanegadas de terreno que componían el fundo, las diversas oficinas y dependencias y el galpón, enorme cuadrilátero de adobes, donde en pequeños y apiñados ranchos de caña, y totora se encerraban, al toque de ánimas, unos trescientos esclavos negros, forzados cultivadores de la hacienda... (González de Fanning, 1904, p. 9).

La pregunta que surge inmediatamente es ¿cómo puede ser que un personaje que tenía bienes raíces luego mostró una irrefrenable codicia por el dinero ajeno? ¿Por qué estaba a la espera de una oportunidad para aprovecharse del desconcierto de esos años de tránsito entre la vida de la colonia y los tiempos de la república en formación? La propia narradora tiene una explicación: «Joven y rico Moreno, vióse luego rodeado de amigos del buen tiempo, y ellos le ayudaron a comerse alegremente la mejor parte de la herencia de sus padres en orgías y francachelas, que le dieron nombre y autoridad entre los mozos más jaranistas de la provincia» (González de Fanning, 1904, s/n).

Por lo que se advierte, su conducta errónea hizo que despilfarre sus bienes. Y ese es el personaje que encontramos en la novela, un hombre venido a menos en cuanto a propiedades o fortuna y muy ansioso por tener lo que alguna vez tuvo.

Los tiempos y el contexto de la Independencia supusieron una confrontación no solo de dos ejércitos sino de una pugna y afanes libertarios que se trasladaba al ámbito pueblerino. En algunos casos tales confrontaciones pudieron terminar en medidas drásticas que acababan en el fusilamiento de algunos apresados; o la burla y mofa de algunos españoles avecindados en la ciudad. La narradora logra transmitir esta confrontación:

Si los españoles quemaban los pueblos de Cangallo y Reyes y sacrificaban bárbaramente en Huamanga a doña María Bellido, porque no descubría el nombre del autor de una carta dirigida a un montonero pariente suyo, noti-

ciándole el número de fuerzas con que combatían los realistas y los movimientos de su ejército, por su parte los patriotas prohibían a los españoles salir a la calle con capa, so pena de destierro; y amenazaban con la confiscación de bienes o la muerte a los que salieran después del toque de *Angelus* u ocultaran armas (González de Fanning, 1904, s/n).

Así es que de un lado podían ser elogiados por las autoridades españolas que representaban la institucionalidad, en otros casos podían ser objeto de burla transmitiendo una imagen patética: «(...) cerca de quinientos españoles, muchos de ellos ancianos y achacosos, eran conducidos a pie al Callao, en medio de la befa del populacho, en tanto que un religioso los acompañaba rezando el rosario y exhortándolos a la paciencia» (González de Fanning, 1904, s/n).

En ese ambiente de confusión y desconcierto no faltaron los que sacaban provecho propio. Entre esos oportunistas estaba Roque Moreno. Y la narradora dice de él: «No descuidó Moreno tan fructífera labor. Investido con el cargo de capitán de milicias y afectando, gran celo por la noble causa de la Independencia, cuidó, ante todo, de rehacer su desmoronada fortuna mediante una tenaz persecución a los chapetones (...)» (González de Fanning, 1904, s/n).

En ese escenario, sin duda, don Justo de la Vega, a quien se suponía hombre de gran fortuna, era la persona a quienes muchos quisieran chantajear si quería librarse de la turba. La narradora dice «Era don Justo gran peje que podía dar mucho aceite: succulento bocado al que de buena gana le hubiera hincado el dente el patriotero Moreno, si no hubiera estado defendido por una doble cota de malla que lo hacía invulnerable» (González de Fanning, 1904: s/n). Se refiere al hecho concreto de que, en los malos tiempos, don Justo les había ayudado dándoles préstamos que los sacaran de apuro. Ese es el motivo por el que Isabel, la mujer de Moreno le dice: «Lo que es a don Justo, ya lo sabes Moro, no se le toca ni un cabello» (González de Fanning, 1904, s/n).

La imagen que caracteriza a don Justo es la de un hacendado muy paternal y generoso con sus peones o siervos: «(...) más era un patriarca que un amo. Sus esclavos solo lo eran en el nombre, pues siempre encontraban en él (...) un padre indulgente y previsor» (González de Fanning, 1904, s/n). A su vez, los peones y siervos le eran leales y le tenían especial consideración.

Pero se agrega un hecho importante que luego se convierte en un acontecimiento que, precisamente, desencadenará el núcleo de la trama narrativa. Nos referimos a lo que todos suponían: que don Justo poseía una fortuna:

(...) no parecerá inverosímil el hecho de que Vega Hermosa tuviera en su propia casa un depósito consistente en 10,000 onzas de oro, con el propósito de darle benéfica inversión. Sin embargo, solo Josecillo y el caporal Pablo Cañiza-

res tenían noticia cierta de la existencia de aquel dinero (González de Fanning, 1904, p. 18).

Se vivían tiempos de confusión en el que algunos buscaban cómo aprovechar la confrontación entre españoles y patriotas para beneficio propio. Y eso es lo que pudo constatar Josecillo una noche que sorprendió dialogante al caporal con un sargento patriota de una aldea vecina. Escondido entre las ramas de un árbol, Josecillo escuchó que el sargento le decía «Confiesa, zambo, que el godó, tu amo, tiene plata; y no me estés amolando la paciencia. Bien sabes que te trae cuenta... saldrás de esclavo y... quién sabe. Con que acabemos» (González de Fanning, 1904, p. 18). Así pues, la codicia por sustraer el dinero que posee don Justo se convierte en un objetivo. No obstante, sucede un hecho accidental: el negro Josecillo cayó de las ramas del árbol y emitió un grito lastimero. El sargento y Cañizares salieron corriendo pensando que se trataba de un alma en pena. Al volver a la hacienda, Josecillo le dijo a don Justo: «Mi amo: es preciso sacar esos zurrónes de plata y guardarlos en lugar seguro (...) los perros han olido el venado y quieren cazarlo» (González de Fanning, 1904: 20). Y como el amo le sugiriera algún otro lugar dónde guarde su fortuna, Josecillo le dijo «Seguro, no; pero al menos, menos malo me parece enterrar los zurrónes en la bagacera, detrás del trapiche» (González de Fanning, 1904, p. 20).

En medio del desconcierto, a don Justo se le ocurrió que quizá fuera mejor buscar a alguien entre los patriotas que pudiera darle protección. Así evitaría que los patriotas radicales pudieran ensañarse con él: «No halló don Justo de la Vega Hermosa mejor salida para el atajo en que se veía metido, que entregarse maniatado á la hidalguía y gratitud de Roque Moreno» (González de Fanning, 1904, p. 23).

Como el trato era amical y generoso, don Justo le confesó a Roque Moreno la necesidad que tenía de trasladar su fortuna a un lugar seguro. Fue entonces que «(...) los ojillos de Moreno lanzaron una chispa de codiciosa admiración» (González de Fanning, 1904, p. 26) y le propuso que lo lleven a un secreto sótano cuya existencia no se conocía. Don Justo estuvo de acuerdo, y:

Entre ambos haremos la traslación del oro de usted, y pondremos en su lugar piedras entre los zurrónes, para que no adviertan la diferencia de peso los arrieros que los conduzcan al puerto por donde se han de despachar, para hacer perder la pista á los que quieran fumarse tan rica breva (González de Fanning, 1904, p. 26).

A Roque Moreno se le ocurrió confesar a su esposa el encargo que le habían hecho. Lo dijo con una codicia que se le había acrecentado: «¡Qué te parece, mujer! ¡Diez mil onzas de oro! ¡Diez mil duros! Cuánto podría hacerse con esa suma bien empleada» (González de Fanning, 1904, p. 28). La opinión de ella es que don Justo es inteligente y benéfico y sabrá qué uso darle.

La novela enhebra su relato de manera muy convencional y hasta algo rústica. No presenta innovaciones ni acertadas elipsis, pero sí hay que reconocerle que la historia del protagonista, su ansiedad por apropiarse del caudal, se combina con una necesaria contextualización. Y por contextualización entendemos que se le refiere al lector el momento histórico, lo que sucedía en el país y en la naciente república: «La lucha por la independencia seguía entretanto su marcha ascendente aunque erizada de dificultades; provocadas muchas veces por las mezquinas rivalidades de los mismos que más interesados debieran estar en allanarlas» (González de Fanning, 1904, p. 30). Por entonces San Martín se había retirado del Perú y asumía el control político una Junta de gobierno, la cual fue reemplazada por Riva Agüero, quien contaba con el apoyo de Santa Cruz y el Ejército.

Pareciera que la narradora pretende demostrar que hay algo en el interior de la naturaleza humana que lo inclina hacia la codicia o algunos de los males que condena la vida digna y de respeto: «Las pilas de onzas con las efigies de Carlos III y Carlos IV, despertando aviesos instintos mal adormidos en el corazón del criollo, ejercían sobre él irresistible atracción» (González de Fanning, 1904, p. 31). La codicia se convirtió en una obsesión. Tramaba cómo hacer para deshacerse de don Justo y apropiarse de las onzas de oro. Según había analizado, le bastaría: «(...) con solo delatarlo como enemigo de la Patria, quedaría él dueño de ese caudal que nadie podría reclamarle!» (González de Fanning, 1904, p. 32).

En ese tiempo, en medio de la confusión y afanes libertarios, los montoneros bajo el mando de un tal Cerote hacían sus fechorías. Perseguían a los españoles y les quitaban sus propiedades. A Roque se le ocurrió que, para salvarlo, le llevaría a otro refugio. Le buscó una choza que estaba en un lejano lugar. Sucedió lo que se temía: aparecieron los montoneros. Don Justo no pudo esconderse. Los invasores estaban ansiosos por el hallazgo del caudal que sabían que escondía. Se fastidiaron al no encontrar el dinero o la fortuna que esperaban.

Cuando llegó el negro Josecillo lo encontró agónico. No pudo ayudarlo. Moriría de todos modos: «Así acabó su vida (...) lejos de la patria, en mísera y desmantelada cabaña, el rico hidalgo poseedor de inmensa fortuna» (González de Fanning, 1904, p. 41). La narradora aprovecha el hecho trágico para comentar que, en esos tiempos, se cometieron injusticias que no fueron sancionadas: «La muerte de un español se consideraba como una acción meritoria y patriótica. Así ofusca la pasión política el sentimiento de la justicia haciendo responsable de crímenes vulgares á la causa santa de la libertad» (González de Fanning, 1904, p. 42).

Muerto don Justo, Roque Moreno quedó como dueño del caudal del español. Pero no fue feliz. Temeroso de fantasmas y aparecidos se hizo acompañar de un primo para sacar la fortuna guardada y al compartir el secreto

tuvo que compartir parte de los bienes. La esposa, que apreciaba mucho a don Justo, le empezó a rechazar «En vano procuró excitarla hincándole el agujón de los celos, pero no logró sacarla de su glacial indiferencia» (González de Fanning, 1904, p. 43).

Es importante advertir que el haber alcanzado el Objeto ansiado, el ver satisfecha la codicia, no supuso la felicidad de Roque Moreno. Obtuvo la ansiada fortuna que supuso mejoría para él y su familia, pero no esperó que ella fuera indiferente y lo mantuviera a la distancia. La sombra de don Justo se instaló entre ellos.

Fue el equivalente a un castigo, una sanción al transgresor que se dejó ganar por la codicia e ignoró la confianza y trato de confianza de don Justo hacia él.

Es importante destacar que la narradora emite una opinión de esos años de posindependencia: «Al estacionario y caduco Virreinato español, ha sucedido el gobierno republicano, con sus agitaciones y turbulencias, amargo fruto de la ambición de los caudillos siempre en pos del medro personal disfrazado con las palabras de *Patria y Libertad*» (González de Fanning, 1904, p. 50).

Finalmente, Roque Moreno muere en una rebelión de negros. La hacienda la compra un tal Diego Lagunas con la idea de encontrar dónde se escondieron los doblones de oro de don Justo. Sucede que enfermó y no pudo rescatar el dinero de donde suponía que estaba.

Años después, la viuda de don Diego se casó con un italiano que tuvo la suerte de encontrar la fortuna de don Justo. El italiano «(...) fue el afortunado poseedor de las rubias peluconas del señor de la Vega Hermosa que le sirvieron para comprar títulos de nobleza en su país y para formar parte en el Perú del privilegiado grupo de los consignatarios de Huano» (González de Fanning, 1904, p. 55).

Nótese nuevamente el importante comentario de la narradora: una crítica fuerte a los burgueses que acumularon su fortuna en la época del Guano. Años de prosperidad en el país, pero no necesariamente de justicia social. Si hacemos un recorrido de la trama, estamos ante la develación de que aquel dinero ilícito dio origen a la fortuna de una burguesía incipiente, base de lo que después sería la burguesía financiera de las importantes familias que controlaron el poder luego de los años 50 en el país.

2.2.2. *El voto: un rezago del Romanticismo*

Los hechos que presenta la novela se inician cuando Bolívar está en campaña, decidido a expulsar a los españoles. Se dice que cuando Bolívar pasó por Cajamarca: «(...) fueron muchos los jóvenes visibles que se le afiliaron, para seguir la campaña bajo sus banderas» (Puga, 1923, p. 6). Entre

los jóvenes que se integraron al regimiento del libertador estaba Fernando de Mollinedo. En esos años de transición la población y las familias debían decidir entre la participación en la patria nueva, libre y soberana o el mantenimiento del orden vigente, leal al rey español. La familia de Fernando no es ajena a ese debate interior e ideologías contrapuestas.

Tiempo después se produce la batalla de la Independencia, en la que Fernando tuvo activa participación. El entusiasmo por la Patria nueva no evita la nostalgia por la tierra nativa. Fernando pidió licencia para dedicarse al cuidado de la hacienda que dejaron sus ancestros en Cajamarca. Al volver a esas tierras descubre, con aire de nostalgia que:

Todo, todo estaba igual en el paisaje, y hasta los seres humanos, indios arrieros de tipo mercado y traje peculiar, no podían ser en su concepto otros que los de antaño, como si acabara de despertar de un profundo sueño y su larga ausencia no hubiese tenido realidad efectiva (Puga, 1923, p. 11).

Es fácil darse cuenta que, la escritora, con este tipo de evocaciones, está alineada en lo que entendemos como post romanticismo. Y ello se advierte en la evocación del pasado, y la percepción nostálgica y emotiva. Una vez en Cajamarca, Fernando visita el cementerio y reza por su abuelo. Luego visita a Candelaria, su hermana monja. Finalmente se hospeda en casa de don Clemente. Pese a la capitulación y el inicio de la República, aún se producían discusiones entre partidarios de los realistas y los patriotas. Y don Clemente se lo recuerda: «Tu finado abuelo era realista; pero tú, dos grados más peruano que él, eras muy dueño de escoger, entre las dos causas, la de tu inclinación» (Puga, 1923, p. 15).

Estando hospedado conoce a las hijas de don Clemente Gómez: Agueda, Joaquina y Carmen. De inmediato se observa el interés que tiene Fernando por Agueda, a quien había conocido más pequeña y que, ahora joven, destacaba por su belleza.

Nótese que esta obra, por su tendencia y tratamiento temático, pertenece al romanticismo. Tiene, como eje de su trama, el romance entre el joven soldado, patriota; y la atractiva joven de la aldea. Además, Fernando, que participó en el triunfador regimiento de Bolívar, tiene los rasgos que rodean al héroe de batalla. Conquistar a la joven se convierte en objetivo a alcanzar. Lo que, en el esquema de Propp, supondría que Sujeto (Fernando) desea alcanzar Objeto (el amor de Agueda). Conseguir tal Objeto puede suponer una serie de obstáculos. Todo el conflicto se articula en función de ese eje sentimental, romántico.

Es bueno señalar que la narradora pone especial énfasis en la atmósfera de religiosidad que envuelve a la familia. No es gratuito que la hermana de Fernando, Juana Antonia, sea religiosa de clausura. Curiosamente, el principal obstáculo para cultivar el romance sería precisamente la religiosidad de

Agueda. Nos referimos al «(...) misticismo que la niña venía revelando desde los 14 años, el cual, si no se interponía en caso de amor, podía culminar en vocación monástica de repente» (Puga, 1923, p. 24).

Los afanes de Fernando no tienen resultados alentadores. Una vez tuvo la oportunidad de estar con ella:

La cogió una mano y se la oprimió, haciéndola al mismo tiempo, en cuatro palabras, una fervorosa declaración de amor: ¡Por la Virgen Santísima, don Fernando, no me intranquilice usted! -imploró ella, y retirando su mano con fuerza, cual si la arrancara de una trampa en que por desgracia hubiese caído, fue a sumarse al grupo de personas que se encontraba más próximo (Puga, 1923, p. 41).

Como se aprecia, Agueda fue esquivada a las pretensiones del consorte. Entonces se atrevió a hablarle a don Clemente, esperando que quizá pueda contar con su apoyo. Luego que don Clemente le escuchó su propuesta, le dijo: «Tú posees muy bella prenda, y ni loca que estuviera te rechazaría la muchacha, amén de que de mi autoridad no se burla nadie. Mañana, a esta misma hora, estará todo allanado» (Puga, 1923, p. 48).

Tal como había ofrecido don Clemente, convocó a su hija para conversar sobre la propuesta de Fernando. Ella mantuvo su negativa. Dijo «(...) que no sentía la menor vocación por el estado conyugal y les pidió, entre sollozos, que, si la querían, no la forzaran a sacrificarse» (Puga, 1923, p. 49). Cuando indagó más en la causa del rechazo a su propuesta, ella se animó a hablar. Y lo que dijo fue una revelación inesperada. Es lo que en narrativa se conoce como «el dato escondido». Agueda le comentó que:

(...) siendo niña de 12 años empezó a soñar amores, porque su corazón madrugó mucho, y que fue él, Fernando de Mollinedo, joven de 18, el objeto de sus sueños (...) Le dijo, sin reservas, que llevaba dos años de adorarle en secreto cuando él se marchó con Bolívar, escapado de en medio de los suyos, que le lloraron por muerto, dado que no creyeron en la posibilidad de su regreso a Cajamarca; y que entonces ella, defraudada en sus esperanzas, enferma del alma a los 14 años, quiso refugiarse en un amor sin desencantos, y formuló ante Dios el voto de consagrarse a Él de modo absoluto, en su casa mientras existieran sus padres, y en el convento si les sobrevivía. Y concluyó por exclamar: «Ya no me pertenezco» (Puga, 1923, p. 52).

Luego de la confesión, Fernando Mollinedo se fue al sur de la república. Ella había preferido su voto religioso. Se trata, pues, de una historia romántica con un obstáculo imposible de superar. No hay, pues, un final feliz, lo que suele ser el final de las relaciones sentimentales en las novelas románticas. Es más, no ha habido una intención de distanciarse de ella o de rechazar su afecto. Los hechos se sucedieron de manera accidental. Lo irónico es que el deber de cumplir con la patria fue el motivo por el cual

se separarían. Agueda, desde entonces, tomó la decisión de entregarse a la vida religiosa.

Otro elemento muy propio de la tendencia romántica es el sentimiento vinculado al platonismo. La vida espiritual prevalece por encima de las atracciones o afectos mundanos. Y tal principio se cumple en este caso. La joven, debido además a una larga tradición de religiosidad, no renunciará a la vida monástica por una relación conyugal, mundana. Hasta se puede decir que hechos casuales se interponen para que las personas no alcancen la felicidad. Por otro lado, estando el ámbito mundano en contraposición con el ámbito sacro, la protagonista prefiere el ámbito sacro. Y el pretendiente tiene que resignarse a la decisión de la joven.

2.2.3. *Tiempos de la patria vieja y los entretelones de la pugna entre patriotas y realistas*

La novela de Angélica Palma nos presenta una trama argumental que transcurre, fundamentalmente, en el periodo que antecede a San Martín en el Perú y la llegada de Bolívar. Aparte del referente histórico, nos presenta la historia de una familia: don Henostroza, un español de nacimiento, leal y partidario de la corona española. Don Henostroza tiene dos hijos: Fernando y Rosario.

El joven Fernando se siente identificado con las ideas libertarias, y es partidario de la Independencia. Su opción ideológica se contrapone a la de don Rodrigo Henostroza, su padre, partidario del orden virreinal. Entonces se trata de un conflicto de perspectivas y concepciones de sociedad, a las que se suma el inevitable enfrentamiento generacional. El joven Fernando tiene una opción cercana a la del capitán Aguilera.

La trama de la novela presenta los hechos y conflictos que se van agudizando y que pueden resultar satisfactorios para unos, y preocupantes para otros. Don Rodrigo se entusiasma cuando se entera que, finalmente, el rey ha enviado soldados de refuerzo con el general Valdés. Piensa que con ese destacamento pueden derrotar a los patriotas, a quienes considera insurgentes y aventureros. Los realistas saben que la batalla por la Independencia es inevitable y decisiva.

La confrontación tiene diferentes momentos. Uno es cuando discuten Aguilera y don Rodrigo. Mientras don Rodrigo le manifiesta su confianza que el rey de España mande regimientos para acabar con los «facinerosos»; Aguilera le dice que en España tienen poco interés en sus dominios de América.

En otro momento, cuando el capitán Aguilera visita a Rosario, se produce una discusión. Don Rodrigo le dice que es un traidor a la institucionalidad, un insurgente. Aguilera se retira y se va al frente de batalla.

Pero hay más: Fernando consigue que Aguilera lo incorpore como soldado del Ejército Libertador. Y como parte del regimiento interviene en la batalla de Junín y recibe el reconocimiento de Bolívar.

Pero ocurre lo inevitable. Un acontecimiento que suele ser un tema preferido entre los románticos: la guerra puede enfrentar, en bandos contrarios, a familiares muy cercanos. En este caso, hijo y padre en bandos contrarios. Desde la perspectiva de la narración, ello crea cierta tensión porque existe la posibilidad de matar a un familiar.

Es importante observar que la novela presenta el típico caso de una familia de Lima, con ascendientes españoles e hijos de la patria nueva. La lucha por la independencia los divide. Pero a la vez, metafóricamente, la posibilidad de que nazca una nueva república supone la muerte del sistema anterior. Se produciría, de ese modo, una especie de *parricidio*. Un hecho lamentable, sin el cual no es posible que se produzca la independencia y el surgimiento de la nueva República.

Ciertamente, otro hecho que se deriva de ese acontecimiento es que hubo muchos, como don Rodrigo, que no aceptaron las condiciones de una sociedad democrática, republicana. No querían renunciar al estatus social que tenían los españoles en el virreinato. Pues bien, el alejamiento o huida es otro comportamiento típico de la novela romántica. Uno de los héroes o personajes protagónicos, al verse derrotado, abandona el escenario.

Es curioso observar que, a pesar de que Angélica Palma, Teresa González de Fanning y Amalia Puga vivieron en tiempos que ya se difundía la tendencia modernista, ellas se presentan como epígonos del Romanticismo.

Como para que tengamos una idea del ambiente que se vivía en esos años, la narradora señala:

La chispa revolucionaria mil veces sofocada, volvía a prender otras tantas; el país se empobrecía y desangraba; la desmoralización cundía; rancios títulos de Castilla favorecían la causa emancipadora y los más prestigiosos jefes de las tropas reales, por ansias de medro personal, fomentaban la desunión en sus filas y encabezaban motines de cuartel (Palma, 1926, p. 16).

Así como advierte la preocupación y la disconformidad de don Rodrigo por el caos y ese descontrol provocado y alentado por los patriotas, la narradora no deja de mostrar cómo percibía Fernando, el hijo de don Rodrigo, los acontecimientos de la Independencia:

Mientras el padre, con su bronco acento, anatemizaba los errores de los unos y la rebeldía de los otros, que abrieron al ejército de los Andes las puertas de la capital, el muchacho evocaba la excitación febril de aquellos días que estremeció hasta lo más hondo de su alma infantil y le arrancó, sin que él lo comprendiera, el acervo heredado... (Palma, 1926, p. 19).

Pero Fernando no está solo. Su mejor amigo, Aguilera, es de los oficiales que ve con mucha claridad el destino que han de correr la rebeldía y los afanes libertarios:

Pasamos por un momento de desaliento; ya vendrán otros mejores; tienen que venir, Fernando, y pronto; es indudable, es seguro; nuestra victoria ha de ser completa; la Independencia de América es una ley de la historia, que se ha de cumplir tan exacta, tan inexorablemente como se cumplen las de la naturaleza; como a la noche sigue el día, a esta larga esclavitud ha de suceder la libertad (Palma, 1926, p. 33).

Cuando Aguilera fue a España conoció a una joven, Aracelli, casada con un marino retirado que casi le doblaba en edad. Un amor prohibido con el que se había obsesionado:

La salvadora solución al problema estribaba en la huida; pero en la huida con ella; Juan María se encontraba capaz de los más gigantescos esfuerzos, menos el sobrehumano de separarse de Aracelli; y así se lo decía con arrebatada frase, proponiéndola infinitos proyectos, a cuál más descabellado, para marcharse juntos a América. Ella ofrecía hacerlo cuando el momento fuera oportuno... (Palma, 1926, p. 53).

No faltan los romances de por medio, lo cual es muy propio de los relatos románticos. Pero, así como se enaltece la pasión amorosa, también se relatan los extraños desenlaces en los que puede haber hechos inesperados o trágicos finales. Pronto Aguilera se entera que Aracelli no era esposa, sino la amante de un marino. Aguilera la buscó para esclarecer los hechos, pero no la encontró. Fue entonces cuando, aquella vez, decidió irse a América.

Cuando estuvo en Lima, Aguilera frecuentó la casa de los Henostroza. Aguilera estaba interesado en Rosario. Don Rodrigo no creyó que ese oficial pudiera estar interesado en su hija, pero no le pareció mal partido para su hija. Cambió de opinión cuando supo que el joven Juan María Aguilera era un independentista. Le cuesta creerlo: «(...) el descendiente de varias generaciones de españoles leales (...) no podía apostatar de los sanos principios que desde la niñez se le inculcaron» (Palma, 1926, p. 75).

Conclusiones

1. Los hechos de la Independencia son el contexto, el escenario en el que transcurre el motivo de la anécdota. No es su propósito enaltecer u ofrecer una crónica de la Independencia. Más que una mirada crítica, lo que le interesa a un narrador como Palma, es resaltar el hecho anecdótico o las peripecias de sus personajes.
2. Los relatos de Palma están fuertemente vinculados a la cultura oral, aquello que el imaginario de la ciudadanía criolla ha conservado y

- mantenido. Su visión histórica le permite avizorar la importancia de la emancipación, por eso sus tradiciones no dejan de referir a Túpac Amaru y los movimientos nativistas. Destáquese, en esos relatos, la cosmogonía mesiánica que de alguna manera reflejaba la idea del *pachacuti* o la necesidad de revertir, modificar, el orden establecido.
3. La novela de Teresa González de Fanning, *Roque Moreno*, eligió un momento histórico y un personaje de ese periodo crucial y desconcertante. Mientras algunos españoles trataban de no ser afectados por la ira de los patriotas; otros optaban por aprovecharse de la atmósfera patriótica para el saqueo o el hurto. La novela convierte en personajes protagónicos al arribista que busca sacar provecho de la circunstancia y apropiarse de la riqueza de un español; y de otro, las peripecias de un hombre dueño de riquezas y que se convierte en víctima de las legiones de montoneros patriotas.
 4. La novela de Amalia Puga, *El voto*, se centra en una tradición o costumbre que determina la tendencia de algunas personas a la vida monástica. En el caso que se presenta, la elección puede ser una tendencia natural de la persona por la religiosidad, pero la trama romántica la vincula con una frustración amorosa. El tema se centra no en la Independencia, sino en el amor frustrado. Cuando el pretendiente regresa de la guerra se enterará que la joven amada ha decidido sus «votos» hacia la vida religiosa. Por más que el pretendiente haga esfuerzos, no logrará cambiar los votos de la joven.
 5. La novela de Angélica Palma tiene un discurso cercano al modernismo, pero su trama narrativa tiene rasgos propios del Romanticismo. Se trata de una familia en la que se verán confrontados, padre e hijos, por la posición que adoptan ante los hechos de la Independencia. Lo destacable de la novela es que la narradora logra captar ese momento de pugna y tránsito a una nueva concepción de nación.
 6. En las tres novelas mencionadas se puede apreciar que las escritoras revelan una predilección por la tendencia romántica. Por la época en que se publican las novelas se consideran epígonos del Romanticismo. Lo importante es que ellas lograron transmitir ese ambiente de incertidumbre, de ideas contrapuestas respecto a la Independencia. Una independencia política, pero que no logra consumarse tan de inmediato.
 7. A fines del siglo XIX, en el Perú, González Prada reclama, de alguna forma, una refundación de la república porque la nación no era tan democrática al haberse constituido solo con los criollos de la población citadina. Los enfrentamientos entre fidelistas e independentistas no hacen sino reflejar la pugna entre liberales y conservadores, que se prolongará por casi todo el siglo XIX. Los conservadores no cederán fácilmente a las exigencias de cambio socioeconómico de los liberales; es decir, una

modernización y definitiva industrialización de la república. Por muchos años, ellos tratarán de mantener las estructuras semif feudales que heredamos de los tiempos coloniales.

Referencias bibliográficas

- Cornejo Polar, A. (2000). *Literatura peruana. Siglos XVI a siglo XX*. Lima: CELACP.
- González de Fanning, T. (1904). *Roque Moreno*. Lima: El Lucero.
- Instituto Internacional de Literatura Hispanoamericana (1972). *Literatura de la emancipación hispanoamericana y otros ensayos*. Lima: UNMSM.
- Mariátegui, J. C. (2012). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Minerva.
- Palma, A. (1926). *Tiempos de la patria vieja*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Palma, R. (1968). *Tradiciones peruanas completas*. Madrid: Aguilar.
- Puga, A. (1923). *El voto*. Lima: The University Society.
- Riva Agüero, J. de la (2008). *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Lima: Universidad Ricardo Palma e Instituto Riva Agüero.